

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XXIII



C. S. I. C.
1986
MADRID

**ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS**

Tomo XXIII

**CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
MADRID, 1986**

SUMARIO

	<u>Páginas</u>
ACTIVIDADES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños	9
ESTUDIOS	
Arte	
Francisco de Mora remata en 1598 la Torre de la Tapicería del Alcázar Madrileño, por <i>Luis Cervera Vera</i>	15
Las ermitas del Buen Retiro, por <i>José del Corral</i>	27
Proyecto de vivienda por Juan Gómez de Mora, por <i>Inocencio Cadiñanos Bardeci</i>	37
Los aposentos laterales del Corral de Comedias del Príncipe, por <i>John J. Allen</i>	39
Nuevos datos sobre la antigua puerta del Real Sitio del Buen Retiro, por <i>Teresa Zapata Fernández de la Hoz</i>	45
Los pintores madrileños y la cofradía de Nuestra Señora de los Siete Dolores, por <i>Pilar Moreno Puertollano</i>	51
Mesonero Romanos y la crítica de arte, por <i>Francisco José Portela Sandoval</i>	69
El panteón Guirao, de Agustín Querol, en la Sacramental de San Isidro, por <i>Carlos Saguar Quer</i>	79
Proyectos no realizados en los Jardines Madrileños Decimonónicos, por <i>M.^a del Carmen Ariza Muñoz</i>	87
Ante el retrato de Don Evaristo San Miguel, por Federico de Madrazo, por <i>Enrique Pardo Canalis</i>	99
El Colegio de Doña María de Aragón: Historia y Datación de su Fábrica, por <i>M.^a Jesús del Olmo, Natividad Sánchez Esteban y Joaquín Montilla</i>	105
Biografía	
Boceto para una biografía profunda: "La Infanta Isabel, dos veces Princesa de España", por <i>Francisco Azorín</i>	123
Fiestas y costumbres	
Las cacerías en la provincia de Madrid en el siglo XVI según el "Libro de la Montería de Alfonso XI", por <i>Gregorio de Andrés</i>	147
Historia	
Entrada triunfal de la Reina Mariana de Austria en Madrid el día 15 de noviembre de 1649, por <i>Carmen Sáenz de Miera Santos</i>	167
Felipe, IV fundador de los Estudios Reales, por <i>José Martínez de la Escalera, S. J.</i>	175
Industria y comercio	
La Real Fábrica de Cristales y Espejos de Madrid, por <i>María Jesús Callejo Delgado</i>	201

	<u>Páginas</u>
El Gremio de Pasamaneros de Madrid en los siglos xvii y xviii: Estudio Histórico Artístico y Jurídico de su organización corporativa, por <i>Angel López Casán</i>	207
Una tienda de telas en la Puerta de Guadalajara en tiempos de Felipe II, por <i>Antonio Matilla Tascón</i>	227
Literatura	
Un poeta menor del siglo xviii, Don Fermín de Sarasa y Arce, por <i>Antonio Serrano de Haro</i>	239
Organización religiosa	
La organización eclesiástica del Madrid de la Ilustración, por <i>Gloria A. Franco Rubio</i>	271
El Cardenal Lorenzana crea nuevas parroquias y vicarías en su Archidiócesis, por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	289
Sociología	
Algunas noticias sobre la vida diaria en la cárcel de Corte de Madrid: La visita de 1588-89, por <i>Alfredo Alvar Ezquerro</i>	309
Gusto artístico y mentalidad burguesa en el Madrid de la segunda mitad del siglo xix. La aportación de los inventarios post-mortem, por <i>M.^a Pilar Corella Suárez</i>	333
Mentalidad religiosa, ritos funerarios y clases sociales en el Madrid decimonónico, por <i>Federico Ponte Chamorro</i>	351
La crianza de los niños madrileños abandonados en el siglo xvii, por <i>Claude Larquie</i>	363
Equipamientos para ancianos en la capital madrileña, por <i>Josefa Salvador Hernández</i>	385
Urbanismo	
Los paseos madrileños de Recoletos y del Prado de San Jerónimo anteriores al reinado de Carlos III: Proyectos de Juan Díaz, Juan Gómez de Mora, Pedro de Sevilla, Ardemans, Ribera y J. B. Sachetti, por <i>Matilde Verdú Ruiz</i>	399
Alumbrar o deslumbrar: la implantación del alumbrado eléctrico en el Madrid de fines del siglo xix, por <i>Julio Simó Ruescas</i>	431
Semblanza de madrileñistas	
D. Cayetano Rosell y López, por <i>Alicia Moreno Pato</i>	441
Cien años de la Villa y Corte a los ojos de un fotógrafo, por <i>Juan Miguel Sánchez Vigil</i>	453
TEXTOS	
Entrada y salida de la Plaza Mayor, por <i>Ramón Gómez de la Serna</i>	471
INFORMES	
Informe acerca de las obras realizadas en el solar contiguo a la Puerta de la Vega, por <i>Manuel Montero Vallejo</i>	483
BIBLIOGRAFIA	
Aproximación bio-bibliográfica y documental a Teresa Valle de la Cerda, fundadora del convento de Benedictinas de la Encarnación de Madrid, vulgo "San Plácido", por <i>M.^a Isabel Barbeito Carneiro</i>	491
Algunos impresos madrileños raros de la segunda mitad del siglo xvii, por <i>José Simón Díaz</i>	517

MESONERO ROMANOS Y LA CRITICA DE ARTE

Por FRANCISCO JOSÉ PORTELA SANDOVAL

No son pocos, ciertamente, los escritores cuyas páginas han sido analizadas minuciosamente para extraer datos y comentarios respecto de las obras artísticas por ellos contempladas. Datos y, sobre todo, comentarios que encierran no sólo el valor de la noticia o de la descripción directa, con toda la subjetividad que ello contiene, sino, además, el reflejo de la época en que el autor vivió y escribió sus textos.

Uno de estos literatos, con frecuencia considerado como escritor costumbrista y popular cronista de la Villa y Corte, fue don Ramón de Mesonero Romanos, también conocido como «el Curioso Parlante», seudónimo con el que gustaba firmar muchas de sus páginas.

Nacido en Madrid el 19 de julio de 1803, su vida, tan larga como fértil fue su pluma, discurrió al margen de toda preocupación ideológica, teniendo como único norte su amor a Madrid desde todos los puntos de vista. Así lo reflejan el *Manual de Madrid*, editado en 1831 y reeditado en 1854 con nuevos datos; las *Escenas Matritenses*, iniciadas en 1832 y continuadas hasta 1842, para reeditarlas más tarde con el título de *Panorama Matritense*, o *El Antiguo Madrid*, aparecido en 1861 en unión de su *Recuerdo de un viaje por Francia y Bélgica*, sin olvidar las famosas *Memorias de un Setentón*, que vieron la luz en 1880, sólo dos años antes de su muerte, acaecida en la capital madrileña el 30 de abril de 1882.

Mucho se ha escrito acerca del infatigable erudito y de su vasta producción, destacando, en primer lugar, la excelente introducción que el profesor Seco Serrano realizó a la edición de sus obras completas publicadas en 1967 dentro de la Biblioteca de Autores Españoles. Pero hay un aspecto que, a nuestro juicio, permanece poco valorado hasta el presente, como es el de la estimación que las creaciones artísticas tuvieron en la fecunda pluma de Mesonero Romanos.

Es cierto que Mesonero careció extrañamente de una formación universitaria, y decimos extrañamente porque la desahogada situación económica de su familia se la habría permitido tanto en Madrid como en Salamanca, habiendo

podido con tales estudios ayudarse a configurar un criterio en el terreno artístico. Pero fue capaz, sin embargo, de suplir con creces tal deficiencia merced a esa suerte, reservada sólo a una minoría escogida, de conseguir una sólida cultura estética a través de los libros y de los viajes, tanto de los realizados por España como de los llevados a cabo por tierras de Francia y Bélgica en 1834 y en 1840.

Mas pensemos que la crítica de arte, en el sentido actual del término, estaba por entonces empezando a nacer, y por tal razón no se le puede exigir mucho en este terreno. Además, él mismo, en las primeras páginas de su libro *El Antiguo Madrid*, ya dejó constancia de que, si bien intentaba examinar los monumentos y calles de los cuatro recintos históricos de Madrid, no era su pretensión emitir juicios artísticos sobre los edificios, por haber ya obras a ello destinadas.

Cierto es que se le ha reprochado con demasiada frecuencia que él, que tanto clamó por la defensa del Madrid histórico y tradicional, se mantuviera un tanto indiferente cuando la piqueta especuladora se centraba en la demolición de edificios de estilo barroco. Pero téngase presente que Mesonero se educó en una España, concretamente en un Madrid, cuyo ambiente artístico estaba marcado por la veneración hacia «lo antiguo», entendiendo por tal el mundo clásico, griego y romano y su entonces reciente recreación en el neoclasicismo.

Esa influencia neoclásica se advierte con total nitidez en sus diversos escritos, tanto a la hora de lanzar los más intensos improperios contra el barroco como al tener que comentar el naciente romanticismo que iba filtrándose desde tierras francesas. De uno y otro aspecto hay abundantes muestras en sus páginas. Es suficiente un rápido examen de las mismas para comprobarlo.

Respecto de las creaciones artísticas madrileñas anteriores al barroco entresacamos, por ejemplo, su afirmación de que la iglesia de San Pedro «no carece de cierto halago que inspira respeto y simpatía»¹, alcanzando a comparar con acierto su torre mudéjar con las de Toledo. También se detiene Mesonero en la consideración de la Capilla del Obispo, contigua a la iglesia de San Andrés, esa obra de arte tan bella y valiosa como difícil de contemplar actualmente para el público en general, de la que el escritor dice que «corresponde a la manera llamada gótica, de que sólo en esta iglesia y en la de San Jerónimo quedan ejemplares en Madrid»², añadiendo que «el retablo mayor es el más notable que se conserva en esta Corte en su línea y de aquella época». Pero obsérvese que, al comentar dicha capilla, da la sensación de que Mesonero se estima como poco experto en materia de Arte, pues, con referencia al sepulcro del prelado Vargas y Carvajal,

¹ *Nuevo Manual de Madrid...*, pág. 294. Todas las citas se hacen referidas a la edición *Obras de don Ramón de Mesonero Romanos* incluida en la «Biblioteca de Autores Españoles», editada en Madrid en 1967 con un amplio estudio preliminar de Carlos Seco Serrano, comprendiendo los volúmenes CXCDX a CCIII de dicha colección.

² *Ibid.*, págs. 312-313.

dice que la obra de Francisco Giralte es «del mayor aprecio de los inteligentes y curiosos, que tienen mucho que admirar en ella juzgándola con el criterio necesario para distinguir de épocas y de estilos». Sin embargo, no vacila en afirmar que la Capilla es «el objeto más primoroso de su arte que encierra Madrid», calificativo que, asimismo, utiliza respecto del perdido retablo mayor del monasterio de las Descalzas Reales, al indicar que era «obra primorosa del insigne escultor, pintor y arquitecto Gaspar Becerra»³.

Elogia también Mesonero la arquitectura madrileña del barroco clasicista y mesurado de la primera mitad del siglo XVII cuando, además de juzgar que la fachada del monasterio de la Encarnación es «seria y de buenas proporciones»⁴, se refiere al convento de San Plácido afirmando que «es, a juicio de algunos, de lo más notable de Madrid, por su estilo clásico y belleza de ornato»⁵, línea en la que asimismo insiste cuando califica la iglesia de las Comendadoras de Santiago como «hermoso templo, notable por su espaciosidad y decoración, así como por la elegante sacristía»⁶. Todo ello sin olvidar algún palacio de la época, como el de Uceda o de los Consejos, actual sede de la Capitanía General de la I Región Militar y del Consejo de Estado, al que juzga de obra de «excelente arquitectura», a pesar de que en aquel entonces estaba «horrorosamente desfigurado con un absurdo revoque de cal, en que se han comprendido hasta los mismos zócalos, columnas, adornos y remates de piedra berroqueña»⁷.

Pero Mesonero guarda todas sus críticas más aceradas para lanzarlas contra los edificios del barroquismo exaltado de los últimos años del siglo XVII y comienzos del XVIII. Así, comenta un tanto despectivamente, por ejemplo, la antigua iglesia de Santa Cruz, cuya «fachada, aunque no de mala forma, tampoco se recomienda por la portada, que es del estilo extravagante de la época con que la enriqueció su autor, don José Donoso»⁸, el mismo arquitecto de la desaparecida iglesia de San Luis Obispo, cuya «portada y adornos», según el escritor, «son análogos al gusto de aquella época y al de su arquitecto, pero aún más extravagante es el armatoste dorado de su altar mayor»⁹.

En otra ocasión precisa el «Curioso Parlante» que en las tareas constructivas acometidas en Madrid bajo el reinado de Felipe V, entre las que se cuentan numerosos edificios, «así como las fuentes públicas de la Puerta del Sol, Antón Martín, Red de San Luis y otras, se echa de ver el estragado gusto peculiar de

³ *Ibid.*, pág. 301.

⁴ *Ibid.*, págs. 302-303.

⁵ *El Antiguo Madrid. Paseos histórico-anecdóticos por las calles de esta villa*, pág. 222.

⁶ *Ibid.*, 228.

⁷ *Nuevo Manual...*, pág. 341.

⁸ *Ibid.*, pág. 293.

⁹ *Ibid.*, pág. 297. Se equivocaba Mesonero al adjudicar la portada de San Luis —hoy adosada a los pies de la iglesia del Carmen— a Ximénez Donoso, ya que luce la fecha de 1716 y parece deberse a Francisco Ruiz.

sus directores, los Churriguerras, Riberas y otros a este tenor...»¹⁰, realizado todo ello en la época en que fuera corregidor de la Villa y Corte el célebre marqués de Vadillo.

Precisamente acerca de las obras de José Benito Churriguera indica Mesonero que la magnífica iglesia de San Cayetano figura «entre los más bellos templos» de la capital y que fue objeto de muy severas censuras por parte de los críticos rigoristas, como el abate Ponz; precisión ésta con la que manifiesta ser consciente de la fobia de tales críticos hacia el barroco, pero tampoco él parece ser gran admirador de dicho estilo, al calificar de «abuso de adornos superfluos» la decoración de su fachada. Y a estas expresiones, publicadas en *El Antiguo Madrid*¹¹, añadió más tarde en el *Nuevo Manual de Madrid*¹², que «la portada sobre todo es suntuosa, aunque por demás exagerada con adornos y follajes, siendo lástima, sin embargo, que por la estrechez de la calle carezca del punto de vista conveniente», observación de carácter urbanístico sobre la que volverá a incidir en otras oportunidades.

También califica de ridícula la hoy desaparecida fachada de la iglesia de San Sebastián, que se abría a la calle de Atocha, a la que estima como «uno de los partos del gusto extravagante de Churriguera»¹³. Y no se olvide el comentario formulado acerca del desaparecido convento de Santo Tomás, del que precisa que «la iglesia es de buena planta, pero sus adornos participan del mal gusto de aquella época, y sobre todo la portada, obra de don José de Churriguera», que le parece «ridícula hasta el extremo»¹⁴.

En relación con las creaciones de Pedro de Ribera, al que en un pasaje de las *Escenas Matritenses* llega a estimar como «oprobio del arte»¹⁵, frase que parece gozar de su predilección a la vista de la frecuencia con que aparece en sus escritos, Mesonero precisa que el Hospicio de San Fernando, actual Museo Municipal, es notable «aún más que por su solidez y espaciosidad, por la extravagante y famosísima portada con que plugo decorarle al célebre arquitecto don Pedro Ribera y que viene siendo desde entonces el tipo más señalado del extraño gusto

¹⁰ *Ibid.*, págs. 187-188.

¹¹ *El Antiguo Madrid...*, pág. 164.

¹² *Nuevo Manual...*, pág. 311.

¹³ *Ibid.*, pág. 296.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 310. A propósito de Churriguera conviene recordar también que en un artículo incluido en las *Escenas Matritenses* y titulado «La exposición de pinturas», aparecido en septiembre de 1838, Mesonero alude a un cuadro por él presentado en dicho certamen y que «representa el interior de un noble edificio que en tiempos atrás construyó un célebre arquitecto llamado Ribera, a quien estamos convenidos en apellidar *oprobio del arte*, porque hizo cosas que no estaban escritas en Vitruvio ni en Paladio (sic)». Como puede verse, al aludir a la actual sede de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, antiguo palacio de Goyeneche, Mesonero atribuye a Ribera lo que, en realidad, fue edificado por José Benito Churriguera, error bastante reiterado en diversos autores de su tiempo.

¹⁵ *Escenas Matritenses...*, pág. 145.

que se apellidó churrigueresco»¹⁶. Y de la Fuente de la Fama, hoy en la plaza de Barceló, y también trazada por Ribera, indica el escritor que «es tipo o emblema del mismo gusto churrigueresco y que como tal página del arte, aunque en una de sus más lastimosas aberraciones, merece ser conservada con mayor razón que otros monumentos posteriores de igual clase, que más que como páginas del arte puedan ser consideradas como otros tantos borrones echados en él»¹⁷. También anota el prolífico autor algún juicio acerca de la iglesia de Montserrat, de la que precisa que la fachada y «su única torre concluida especialmente adolecen del gusto peculiar de los principios del siglo pasado» —se refiere al siglo XVIII—, «y son uno de los ejemplares más notables del conocido por churriguerismo»¹⁸. Y en la misma línea insiste cuando se refiere al derruido palacio de los condes de Oñate, situado a la entrada de la calle Mayor, que tenía una fachada «del gusto apellidado churrigueresco, suntuosa pero extraña»¹⁹, términos muy semejantes a los que reserva para referirse al Puente de Toledo, del que, si bien alaba que «sus pilares y arcos tienen grandeza y regularidad y están exentos de los extravíos del genio que lo condujo», critica el hecho de que en «los remates de los pasamanos o antepechos, las torrecillas que hay a la entrada y a la salida, los pabellones de en medio, en que están colocadas las efigies de San Isidro y Santa María de la Cabeza,... en todo ello campea a su sabor aquella pueril decoración gótico-plateresca que ha quedado sancionada con el nombre de su apóstol, Churriguera»²⁰.

Por el contrario, sus opiniones resultan mucho más favorables para los monumentos del barroco cortesano de los Borbones, como el monasterio de las Salesas Reales, del que indica que «en cuanto a la grandeza y mérito artístico del edificio, dirigido por los arquitectos Carlier y Moradillo, no podría negársele sin injusticia, si bien no es todo lo que hubiera sido algunos años después con los adelantos del arte y del buen gusto»²¹.

Mucho mayores son los juicios positivos acerca de las diversas obras en que intervino Ventura Rodríguez, a quien Mesonero Romanos considera, en coincidencia con otros críticos de su tiempo, como «el restaurador de la arquitectura española». Así, del templo de San Marcos dice que «aunque pequeño, es de una elegante forma»²²; y de su participación, en 1778, en la decoración interior de la ya desaparecida iglesia de Santa María, situada al final de la calle Mayor, precisa que la enriqueció Ventura Rodríguez con «graciosos casetones en las bóvedas y

¹⁶ *El Antiguo Madrid...*, pág. 219.

¹⁷ *Ibid.*, pág. 175.

¹⁸ *Nuevo Manual...*, pág. 312.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 357.

²⁰ *Ibid.*, pág. 468.

²¹ *El Antiguo Madrid...*, pág. 202.

²² *Nuevo Manual...*, pág. 298.

otros ornatos de buen gusto en las arcadas», sacando «todo el partido que podía sacarse y afirmando cuanto pudo el edificio», que era un «templo pequeño y de mezquina arquitectura»²³, a la par que el mismo arquitecto reformó también «con el mayor gusto» el interior de la iglesia del monasterio de la Encarnación²⁴.

Esa inclinación positiva hacia el clasicismo le animaría asimismo a ponderar en el *Nuevo Manual de Madrid* la «solidez, regularidad y buen gusto» manifestado en la construcción del palacio de Liria²⁵, añadiendo en otra publicación que «por su suntuosidad y buen gusto» es «el primero de los edificios particulares» de la capital²⁶.

En la misma línea de exaltación de la arquitectura española cortesana del siglo XVIII continúa Mesonero cuando, en un artículo aparecido en 1836 en el *Semanario Pintoresco Español*, publicación por él fundada en ese mismo año y dirigida hasta 1842, tiempo en el que en sus páginas aparecieron interesantes artículos sobre monumentos españoles²⁷, el escritor refleja la admiración que, entre eruditos y público en general, despertaba la actual sede del Ministerio de Hacienda en la madrileña calle de Alcalá. Sus palabras, que hemos utilizado como párrafo introductorio a un amplio estudio histórico-artístico acerca de esta construcción de Francisco Sabatini, son las siguientes: «Este suntuoso edificio de la Real Aduana» —pues tal era su función originaria— «uno de los primeros ornamentos de la capital, sirve también acaso más que ningún otro a caracterizar el buen gusto artístico en el reinado del inmortal Carlos III»²⁸. Pero, llevado de su preocupación por el contexto urbano de los edificios, don Ramón se lamentó en el mismo artículo de que la antigua Real Casa de Aduana, cuya fachada es «ciertamente digna de un artista tan acreditado y sorprende alegremente por la armonía y belleza de su conjunto», no hubiese estado totalmente aislada de casas, ya que «si estuviese situada en una ancha plaza, permitiendo abrazar de un golpe de vista su inmensa mole y la belleza de su conjunto, no tendría nada que envidiar a los más elegantes monumentos arquitectónicos que se admiran en otras capitales; mas, por desgracia, se halla intercalada entre otras casas... careciendo por esta razón de fachadas al Oriente y Poniente». Estamos seguros de que su afirmación la realizó totalmente convencido dada su vecindad al actual Ministerio de Hacienda, ya que Mesonero residió en la antigua calle

²³ *Ibid.*, pág. 291.

²⁴ *Ibid.*, págs. 302-303.

²⁵ *Ibid.*, pág. 353.

²⁶ *El Antiguo Madrid...*, pág. 228.

²⁷ *El Semanario Pintoresco Español* aspiró, entre otros fines, a divulgar las bellezas y los monumentos de España merced a sus escritos y, sobre todo, a la aparición de abundantes ilustraciones.

²⁸ *Semanario Pintoresco Español*, 10 abril 1836; *Nuevo Manual...*, pág. 342 y *El Antiguo Madrid...*, pág. 196. Para más detalles sobre el edificio, cf. J. BUADES y F. PORTELA, *El edificio del Ministerio de Hacienda y su tesoro artístico*, Madrid, 1982; y F. PORTELA, «Roberto Michel. La decoración escultórica de la Real Aduana», *Revista Tekné*, n.º 1, 1985, págs. 141-144.

Angosta de San Bernardo, hoy denominada de la Aduana, merced precisamente a una propuesta de cambio de denominación elevada por el escritor al Ayuntamiento madrileño, del que fue concejal entre 1846 y 1849.

Mas los mayores elogios los reservó Mesonero para las edificaciones emprendidas por Juan de Villanueva con su austero lenguaje neoclásico. Baste recordar que mientras juzga de precioso y utilísimo el Jardín Botánico y vuelve a repetir el primer adjetivo para definir el Observatorio Astronómico, califica de «muy lindo, aunque pequeño» el Oratorio del Caballero de Gracia ²⁹, al tiempo que matiza que, si bien se emplearon «hojarascas de mal gusto» en las dos puertas gemelas proyectadas a fines del siglo XVII en la fachada del Ayuntamiento «por la parte de la plazuela», es decir, por la parte que da a la Plaza de la Villa, «mejor (gusto) le hubo en la construcción del balcón principal» ³⁰ que, con la gran columnata neoclásica de Villanueva, se abre a la calle Mayor.

Así se prodigan los elogios hacia otras edificaciones madrileñas del mismo carácter, de entre las que, a manera de muestra, destaca su afirmación de que la «elegante fachada del palacio de los duques de Villahermosa», obra de Antonio López Aguado en la plaza de Neptuno, «es una de las construcciones más dignas e importantes del moderno Madrid» ³¹.

Pero, hombre de su tiempo, Mesonero tampoco permaneció ajeno a las corrientes románticas que desde Francia iban invadiendo todos los aspectos de la vida y de la cultura españolas. Su formación clasicista no vería seguramente con buenos ojos, al menos en un principio, esa nueva moda que otros contemporáneos suyos recibían con avidez. Su opinión a tal respecto quedó patente en un artículo aparecido en 1839 en el *Semanario Pintoresco Español*, publicación a la que ya se ha hecho alusión atrás y de la que conviene recordar que fue la primera en utilizar grabados en madera para ilustrar con abundancia sus páginas. En el artículo de referencia, en el que Mesonero comenta la exposición organizada por la madrileña Real Academia de Bellas Artes el año anterior, critica un tanto exageradamente el progresivo romanticismo reflejado en las pinturas «de rostros patibularios y de sonrisas infernales... que gozan y se recrean en colocar la sanguinosa daga en el seno de la inocente Virgen, o salpicar de sangre el desgarrado manto de la Matrona; que ponen en las manos del héroe el desnudo puñal o la fatídica pistola; al ave agorera sobre las ventanas labradas del palacio, o las borrascosas olas batiendo las rotas murallas del castillo feudal». Con tales palabras, Mesonero no hacía otra cosa que anticipar el creciente gusto por los gigantescos cuadros de tema histórico, cuyos asuntos procedían de los principales acontecimientos de la historia medieval y hasta de la más reciente, pintura que

²⁹ *El Antiguo Madrid...*, pág. 207.

³⁰ *Nuevo Manual...*, pág. 346.

³¹ *El Antiguo Madrid...*, pág. 190.

él mismo calificaría de «idólatra de las almenas y puentes levadizos; de las aceradas cotas y del blanquísimo cendal».

Basten, pues, estas notas para poner de relieve, aunque sea tan sólo de manera breve y panorámica, la valiosa aportación de don Ramón de Mesonero Romanos a la todavía incompleta historia crítica del arte español y, más concretamente, del madrileño. Aportación que, asimismo, aunque de manera más leve, alcanza la estimación que el arte europeo tenía en la España del siglo XIX si repasamos las páginas de *Recuerdos de un viaje por Francia y Bélgica*, aparecido en 1841 y en las que el escritor previene que su intención «no es otra cosa que el dar razón de las sensaciones que me produjo la vida animada» de aquellos pueblos «mas bien que el hacer un inventario de sus riquezas»³². Aún así, en sus comentarios es posible entresacar interesantes juicios artísticos como el referido a la catedral de Tours, que, «como todas o la mayor parte de las francesas del género llamado gótico, ostenta una imponente masa, una rica portada y dos elegantes torres de delicado trabajo; pero en el interior ofrece la misma desnudez, el mismo *no sé qué* de yerto y cadavérico que suele observarse por lo regular en la mayor parte de los templos franceses. Bajo este aspecto, ¡cuánta es la superioridad de nuestro país sobre aquél! Nuestras catedrales no sólo son delicadas páginas del arte ofrecidas a la imaginación y al estudio del viajero, no sólo son museos riquísimos de todas las épocas, de todas las aplicaciones del genio; no sólo son tesoros de riqueza donde se ostenta la piedad y la poética imaginación de nuestro pueblo, sino que son también dignos altares del Altísimo por su religioso recogimiento, su olor de incienso, los cánticos que resuenan constantemente bajo sus bóvedas, las antorchas que lucen en sus altares, las efigies que ocupan sus capillas y el pueblo numeroso que reza arrodillado a sus pies. Díganlo Toledo, Burgos, Sevilla, León, Santiago, Tarragona y todas las demás que pudiéramos citar»³³.

No faltan los comentarios que, aun cuando se declara «incompetente en la materia», formula acerca de algunos monumentos de París, de los que, por ejemplo, precisa que en barrios aristocráticos como el de San Germán (*sic*) abundan las «formas griegas y romanas, de la Edad Media y del Renacimiento, árabes y rusas, villas italianas, quioscos chinescos, pabellones orientales y clásicas columnatas», mientras que los edificios públicos son «obras arregladas al gusto y a los severos preceptos del arte» tal como revelan los Inválidos, el Louvre, el Panteón, la Bolsa, la Magdalena o el Arco de la Estrella, entre otras construcciones «que ciertamente no hubieran desdeñado los griegos ni los romanos», aunque no le parezca recomendable «la rígida imitación de los monumentos de

³² *Recuerdos de un viaje*, pág. 282.

³³ *Ibid.*, pág. 286.

aquellos pueblos» y sobre todo «la poca analogía de los edificios con el objeto a que están destinados», no encontrando explicación —y eso que era un ferviente admirador de la estética neoclásica— a que un templo más propio de Teseo se dedique a la Magdalena penitente, o una Bolsa de Comercio adopte la forma del Partenón y hasta que una rotonda romana pueda servir para albergar un mercado de trigo ³⁴. Asimismo se refiere a algunos templos pertenecientes «al género más o menos propiamente apellidado gótico» ³⁵, como la catedral de Nôtre Dame, de la que alcanza a lamentarse con acierto de que haya perdido «gran parte de su carácter primitivo bajo el pretexto de renovaciones».

Después de las páginas dedicadas a la capital francesa ³⁶, Mesonero manifiesta sus impresiones acerca de Bruselas, ciudad de la que, por ejemplo, alaba la «esbeltez y hermosas proporciones» de la catedral gótica de Santa Gúdula ³⁷ o el atrevimiento y elegancia de la esbelta torre del Ayuntamiento, aspecto este último que también pondera al referirse a la de la catedral gótica de Amberes, formulando otros varios comentarios acerca de los monumentos existentes en Brujas, Malinas, Gante y Lieja ³⁸.

Creemos que estos ejemplos son suficientes para poner de manifiesto la valiosa aportación de Mesonero Romanos al terreno artístico, al tiempo que nos permite rendir homenaje al escritor a quien tanto debe Madrid por su intervención activa en la fundación del Liceo Artístico y Literario, del Ateneo y de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad madrileños y, entre otras actuaciones meritorias además de su «Proyecto de mejoras generales» (1846-1849), en la conservación de la iglesia y convento de las Trinitarias a raíz de su ingreso, en 1848, en la Real Academia Española, logrando impedir su inminente demolición; en su propuesta de regularización y empedrado de la Plaza Mayor con el emplazamiento en su centro de la estatua ecuestre del rey Felipe III, etc.

Y todo ello sin aspirar nada más que a conseguir un Madrid que supiese conocer mejor y conservar más dignamente su denso acervo cultural y su rico patrimonio artístico. Esa fue su constante preocupación a la que entregó toda su vida y toda su obra, pudiendo exclamar al final su total independencia con esa frase que permanece grabada en bronce al pie del monumento que, realizado

³⁴ *Ibid.*, págs. 293-294.

³⁵ *Ibid.*, pág. 310.

³⁶ En su comentario acerca del Museo del Louvre, Mesonero precisa que en la exposición anual de Bellas Artes inaugurada en el mismo con fecha 15 de marzo de 1834 y que tuvo oportunidad de visitar, se expusieron 2.280 obras, entre las que figuraban algunas de los españoles Ribera y Villaamil (*Recuerdos de un viaje...*, pág. 314).

³⁷ *Recuerdos...*, pág. 355.

³⁸ Hay más referencias artísticas sobre Bélgica en las páginas 368 y ss., 375 y ss., y 381 y ss. de *Recuerdos de un viaje...*

por Miguel Blay en 1914 por encargo del Ayuntamiento madrileño, hoy se levanta casi ignorado y convertido poco menos que en juguete infantil en la plaza de Barceló, lugar tan poco vinculado a la memoria del «Curioso Parlante», aquel que pudo escribir en un romance:

«usufructuario de nada,
soy honorario de todo;
figuro en cartas de pago,
nunca en nóminas de cobro».